

V A R I A

LA CELEBRACIÓN EN WASHINGTON DE MIL Y UN AÑOS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

El 13 de octubre de 1981, a las tres de la tarde, con una temperatura fresca y tonificante y bajo un increíble cielo azul, cerca de trescientas personas se dirigieron a la Biblioteca del Congreso de Washington para participar en el Simposio "Mil y un años de la lengua española" organizado por el doctor William Carter, director de la División Hispánica de la mencionada Biblioteca, con la decisiva colaboración de las Embajadas de España y Portugal y de diez y nueve países ibero-americanos. Por parte de la Embajada de Colombia fue muy destacada la intervención del doctor Fernando Cepeda, Ministro Consejero, y de la Agregada Cultural, doña Cecilia Isaacs, bisnieta del gran novelista autor de *María*. Fue muy importante la colaboración prestada en Bogotá por "Procultura", la Cámara de Comercio de esta ciudad y el Instituto Caro y Cuervo, para asegurar la presencia de Colombia en tan significativa celebración. A última hora se cambió el lugar de reunión y se escogió el auditorio "Coolidge" de la Biblioteca del Congreso, porque el sitio inicialmente señalado resultó insuficiente.

Llevó la representación de nuestro país y de los países hispanos del Caribe el doctor Nicolás del Castillo Mathieu, miembro honorario del Instituto Caro y Cuervo, quien habló sobre la "Influencia africana en el léxico del español del Caribe", tema sobre el cual ha venido trabajando desde hace varios años. Este estudio hará parte, conjuntamente con una larga introducción histórica sobre la trata de negros por Cartagena de Indias, de un libro que será publicado en 1982 por el Instituto Caro y Cuervo y que se titulará *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*.

Los oradores fueron seis en total: el primero de ellos, don Joaquín Calvo Sotelo, conocido comediógrafo y miembro de la Real Academia Española, quien hizo una amena exposición sobre *La difusión del español*. Lo siguió el profesor portugués Luis Lindley Sintra, quien, con sobrada erudición, disertó acerca de *La difusión del portugués*. Cerró este primer ciclo nuestro compatriota doctor Nicolás del Castillo Ma-

thieu, quien tocó el tema que ya indicamos arriba. Hacia las seis de la tarde se produjo una interrupción para repartir cocteles y pasabocas y la sesión se reanudó a las siete y treinta de la noche. La inició esta vez el doctor Anthony G. Lozano, profesor norteamericano de ascendencia hispana, quien trató sobre *El español en los Estados Unidos*. Continuó la doctora Martha Hartman de Bautista, quien habló sobre el tema que ha constituido el trabajo de toda su vida: *Influencias de las lenguas andinas en el español*. Finalmente cerró el segundo ciclo el humanista mexicano Antonio Alatorre, quien hizo una brillante presentación que llamó *Mil y un años de la lengua española*, título del libro que acaba de publicar.

La sala, repleta de numeroso público hispanoamericano y español, entre el cual se destacaban los Agregados Culturales, los Embajadores y diplomáticos latinoamericanos (uno de los más asiduos fue el Embajador del Ecuador doctor Ricardo Crespo Zaldumbide), funcionarios del BID y profesores de español, literatura española y lingüística de los Estados Unidos, tributó los más cálidos aplausos a los expositores.

Fue éste, en verdad, un brillante homenaje al vigor y a la perennidad de nuestra lengua en un escenario extranjero, que en manera alguna es ajeno, como lo demostró esa tarde, al porvenir del español que se habla aun dentro de sus propias fronteras y fuera de ellas en diez y nueve países americanos hacia los cuales se extendió el vigoroso idioma, cuyo primer testimonio escrito fue interpolado, hace ya mil años, en un documento latino por un desconocido monje del Monasterio de San Millán de la Cogolla. Reproducimos a continuación la evocadora introducción que el doctor del Castillo presentó antes de entrar en el tema específico de su conferencia, para referirse a su visita, hace apenas cinco meses, a este verdadero santuario de la hispanidad:

Dr. William Carter, Director de la División Hispana de la
Biblioteca del Congreso,
Señores embajadores,
Señoras y Señores:

Pedimos excusas a tan distinguido auditorio por comenzar nuestra intervención en este importante ciclo narrando una experiencia puramente personal, que creemos puede resultar útil para la ocasión. Hace exactamente cuatro meses una bien organizada y especializada excursión nos llevó, en una sola jornada, trazando un amplio arco de herradura por el mapa de Castilla la Vieja y regiones limítrofes, desde Soria hasta

Covarrubias, haciendo breves escalas en Veruela, Tudela, Fitero, Nájera, Berceo y San Millán de la Cogolla.

En cierta manera este fue un recorrido, a redropelo, por la historia del castellano y aun de la literatura española, con incursiones en zonas aragonesas y navarras que tanta influencia ejercieron, sobre todo las últimas, en nuestra naciente lengua.

El amanecer de aquel pletórico día nos sorprendió en Soria, tan impregnada del espíritu del que fue tal vez el más inspirado poeta español de comienzos del siglo xx. Quizá sin Soria y sin Leonor no se hubiera producido aquel estallido lírico sin par que de tan íntima manera unió a un hombre con un paisaje y con los seres que allí vivían, incluyendo, desde luego, los árboles y las plantas. El sobrecogedor y adusto panorama soriano, filtrado a través del fino tamiz de una rica y única sensibilidad, dio origen entonces, a uno de los momentos estelares de la poesía universal.

Después de haber releído su obra en los atardeceres sorianos, precisamente en los balcones del Parador que lleva su nombre, estábamos henchidos de una auténtica emoción machadiana, porque todo en la ciudad románica, y también romántica, nos habla del juglar sevillano: desde el alto cementerio de Nuestra Señora del Espino, donde reposa Leonor bajo el epitafio más sobrio y más conmovedor que hayamos leído, hasta las arboladas orillas del Duero, que traza en torno de la vieja ciudad su amplia curva de ballesta. Allí, entre San Polo y San Saturio, trayecto predilecto del poeta en sus paseos estivales, los álamos, llenos de ruisiñores y de "cifras que son fechas", levantan contra un cielo azul sus verdes frondas. En las verticales ramas de los erguidos chopos, "liras de la primavera", siguen flotando los retoños como un "glauco vapor" y nunca falta un olmo viejo, de cuyo podrido flanco vuelve a brotar una "rama verdecida", por obra y gracia de "las lluvias de abril y el sol de mayo". Y, a lo lejos, las "colinas plateadas", las "calvas sierras", los "cárdenos alcores", los crepúsculos violetas...

Retrocedemos varios siglos y en una hora llegamos al Monasterio cisterciense de Veruela, nuestra primera escala, en

donde el purísimo Bécquer redactó las “Cartas de mi celda” que describen el paisaje aragonés como una moderna guía de turismo, pero con sensibilidad auténticamente becqueriana. En el monasterio de Fitero se creó, como se sabe, la Orden de los Caballeros de Calatrava, cuya sede se encontraba en el Castillo del mismo nombre a unos quinientos kilómetros al sur. El abad de Fitero, San Raimundo, gobernaba por control remoto, en pleno siglo xii, aquella lejana avanzada del cristianismo.

La iglesia gótica de Nájera, antigua capital del Reino de Navarra, encierra tumbas de añeja estirpe real y se viste con encajes de piedra que decoran las arcadas de su claustro inimitable. Desde allí, internándonos por caminos rodeados de bosques y atravesando ríos de aguas puras y veloces, comenzamos nuestro ascenso a San Millán de la Cogolla, donde un monje interpoló hace mil y un años en un documento latino las primeras palabras escritas en castellano.

Un poco antes encontramos la aldea llamada Berceo, cuna del que fue quizá el primer poeta lírico castellano, quien se educó en San Millán y escribió su obra en estrofas de arte mayor, con la ingenuidad y al mismo tiempo la fuerza que son característicos de todo arte primitivo. Berceo, a ejemplo de las glosas Emilianenses y del Poema del Cid, empleó el “román paladino” para dejarnos un soberbio testimonio de la vitalidad y de la riqueza del castellano de su tiempo. Y, desde luego, de sus personales aciertos líricos.

Con el nombre de San Millán de la Cogolla existen hoy dos Monasterios: el de Yuso, que es una construcción relativamente moderna en estilos renacentista y neoclásico, es el más grande y el menos interesante, aunque guarda las bellísimas arquetas de marfil del siglo xi cuyas escenas nos explicó con afabilidad y sabiduría un frailecito impregnado de dulcedumbre y lleno de noticias de la vida cultural americana. Nos sorprendió su información sobre las últimas publicaciones del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

El monasterio de Suso se encuentra a mayor altura, como su nombre lo indica, y está situado en la ladera de una empinada colina, poblada de verde y salvaje vegetación, en un

sitio de imponente y limpia hermosura. La iglesia se compone solamente de dos naves, separadas por tres arcadas de herradura, que reposan sobre capiteles visigodos y viejas columnas pétreas. En una capilla lateral, cavada en la roca, la bella estatua yacente de San Millán, ejecutada en oscura piedra en el siglo XII, dos centurias después de las glosas Emilianenses, duerme un eterno y “no rompido sueño”...

Llegar a Covarrubias, en donde pernoctaríamos, representó un lento y bellissimo recorrido por una estrecha carretera que bordea el Río Najerilla y atraviesa la Sierra de la Demanda, en el meollo de la comarca burgalesa. En la Colegiata de Covarrubias se conservan los restos del conde Fernán González, a cuyo decidido ademán se debe en verdad que el más extraño y original de los romances iberos adquiriera una personalidad propia, respetada por sus poderosos vecinos, que luego irrumpió avasalladoramente por el centro y el sur de España y que llenó más tarde, con sus viriles acentos, las casi silenciosas llanuras y selvas de un inmenso continente, allende los mares.

La lengua que tímidamente había intercalado en un texto latino un fraile de San Millán, que levantó a épica arquitectura un poeta de Medinaceli, que disciplinó en medido y rimado verso un clérigo de Berceo, que colmó de vigor y de vida un arcipreste de Hita y que había conocido ya la militar resonancia de Juan de Mena, la delicadeza lírica del Marqués de Santillana y los altos niveles poéticos de Jorge Manrique, se enriqueció en las Antillas con las blandas cadencias taínas y, posteriormente, en la Tierra Firme, con las guerreras melodías de los dialectos caribes, los inéditos sonidos del náhuatl, las graves palabras quechuas y las agudas voces guaraníes...

Faltaba todavía el ingrediente africano, o mejor, la oleada rítmica del Continente negro, porque ya un primer alud proveniente del África septentrional había traído a la península innumerables vocablos de algarabía. Este último ingrediente llegó, en condiciones infrahumanas, en los barcos negreros que transportaron a nuestras playas a los hijos de la noche, quienes injertaron en la vieja lengua lozanos renuevos con ecos de tambor.

Vamos a analizar esta tarde algunos aportes léxicos subsaháricos en el español del Caribe. Por obvias razones daremos mayor información de su variado empleo en Colombia, o mejor, en la Costa Caribe de Colombia, pero haremos abundantes referencias a los otros países de la cuenca del mar común y aun de aquellos geográficamente separados de él, que recibieron las mismas influencias africanas. El auditorio observará que en las voces que estudiamos existe un notorio predominio bantú y ello es explicable, si se tiene en cuenta que las lenguas bantús forman un universo casi homogéneo, similar al de las lenguas romances, que se extiende desde el Ecuador hasta el sur de África y desde el Océano Atlántico hasta el Océano Índico, en tanto que el África negra al norte del Ecuador se atomiza en un hervor de idiomas que solo poseen, en algunos casos, parentescos remotos.

Hay, además, otra razón: la primera ola migratoria en gran escala desde África hacia América tuvo lugar entre 1580 y 1640, cuando las dos coronas ibéricas reposaron en las testas de los Fclipses y Portugal suministraba desde sus factorías africanas, especialmente de Angola, la mano de obra esclava a las colonias hispanoamericanas. Este transplante léxico arraigó profundamente y ya no pudo ser desplazado, sino solo parcialmente, por los sucesivos aportes que, especialmente en las Antillas, trajeron consigo los ararás, los carabalís, los minas y los lucumís. La influencia de Guinea (yolofos, folupos, branes, biáfaras, sereres o berbesís, biojos, mandingas y zapes), si bien anterior a la bantú y persistente durante todo el período colonial, fue, sin embargo, menos importante, no solo por el relativamente menor número de esclavos sino, sobre todo, por la mayor abundancia de lenguas. Sobre esta apasionante historia de las procedencias y las cantidades de esclavos que desembarcaron en Cartagena hemos tratado en una obra que aparecerá dentro de pocas semanas y que se titula *La llave de las Indias*. En ella se encontrarán los apoyos históricos de la breve excursión léxica que ahora emprenderemos.

Antes de examinar, en particular, una veintena de palabras de seguro o probable origen africano, precisemos que muy cerca de Cartagena, sin ninguna duda, el primer centro ne-

grero de la América española durante el siglo xvii, existe una población llamada San Basilio de Palenque, que fue precisamente éso: un palenque de negros alzados fundado hacia 1600, cuando empezaron a predominar los esclavos bantús, que llevó una vida prácticamente independiente hasta hace pocas décadas, cuyos habitantes más viejos hablan todavía entre ellos los restos de una lengua criolla que constituye un rico depósito de africanismos al cual haremos numerosas referencias. Y, ahora sí, al grano.

EL DOCTOR ANTONIO TOVAR Y LAS LENGUAS INDÍGENAS

El Instituto Caro y Cuervo revitaliza la investigación en las lenguas indígenas colombianas al invitar nuevamente al doctor Antonio Tovar para que continúe guiando y orientando científicamente las investigaciones en la "Sección de lenguas indígenas" del mismo Instituto.

Del 31 de agosto al 25 de septiembre de 1981, el doctor Tovar, eminente y reconocida autoridad internacional en lenguas americanas, dictó en el Seminario Andrés Bello tres cursos intensivos sobre "Introducción a la lingüística general de las lenguas americanas", "La familia lingüística chibcha" y "Las lenguas arahuacas".

En el curso "Introducción a la lingüística general de las lenguas americanas" se dieron orientaciones introductorias a la metodología y marco teórico lingüístico a las personas deseosas de iniciar actividades investigativas en lenguas indígenas. El curso de "La familia lingüística chibcha" se ofreció para las personas ya iniciadas en la investigación de lenguas aborígenes, con el fin de aplicar en el chibcha un examen acerca de los lazos de parentesco con otras lenguas autóctonas, algunas de ellas pervivientes hoy en día. En el estudio de "Las lenguas arahuacas" se recibieron las riquísimas y muy variadas experiencias investigativas del doctor Tovar, ilustradas por un interesante trabajo que él ha venido adelantando sobre el particular. A recibir sus sabias y experimentadas enseñanzas concurrió un selecto grupo de participantes colombianos y algunos extranjeros, que de una u otra forma están vinculados al difícil campo de la investigación de las lenguas ágrafas.

La mayoría de los que asistieron al curso son alumnos del Seminario Andrés Bello y profesores de universidades colombianas; los demás son alumnos universitarios de último año o que están ya adelantando su tesis o trabajo de grado para obtener su título profesional y